

EL ORIGEN DE LA PALABRA MEDICO



Doctor FERNANDO SERPA FLOREZ

I

Las primeras raíces de la palabra médico, las podemos rastrear hasta la edad de bronce. Y es curioso el hecho de que, en su sentido primitivo, en muchas lenguas antiguas, la palabra médico esté muy próximamente emparentada con el verbo meditar.

Tomemos el latín, lengua madre del castellano. Y observaremos que, en la Roma antigua, el médico era llamado **Medicus**, palabra muy próxima al verbo **Mederi**, que significa cuidar y en cuya familia encontramos **Medicina**, **Medicamentum** (el medicamento), **Remedium** (el remedio) y aún, **Meditari** y **Meditatio** o sea, meditar y la meditación.

Estas últimas palabras nos hacen comprender el significado de lo que

los primitivos latinos asociaban a la palabra **Médico**: la meditación. Si vamos más lejos, al iranio antiguo, arcaico pueblo indo-europe, vemos que el médico era llamado **Vimad**, palabra asociada al concepto de medida, apreciación y pensamiento. En tanto que, en otra lengua muy vieja, el céltico de Irlanda, la palabra "médico" está asociada con "**Midiur**" que quiere decir "juzgar" y con "**Med**", la balanza.

Llegamos a Grecia. Y, aunque los griegos llamaban al médico "**Iatros**", de donde se van derivando palabras que se emplean en el lenguaje técnico, como "Pediatria" (médico de niños), ellos tenían términos como "**Medea**", el pensamiento, y "**Medo**", que quiere decir meditar, similar a la palabra latina "**Medicus**". Con lo que podemos concluir que, los romanos, obtuvieron de sus antecesores de la

época neolítica (edad de piedra reciente), la raíz que se empleaba para designar la meditación y la reflexión, para denominar al médico.

En castellano, portugués e italiano **Medicus** se dice Médico. En tanto que, en francés se derivó esta palabra del adjetivo **Medicinus**, para transformarla en "**Medicin**". Si nos remontamos a otras lenguas europeas de origen "bárbaro", hallaremos que en ellas se puede encontrar el origen de la palabra con que designan al médico en un pasado más remoto aún, que va a la edad de las cavernas, a la prehistoria, ya que la palabra usada en tales lenguas está emparentada con el concepto de hablar, de charlar, de elocuencia (del latín LOQUI).

Y entonces, vemos que médico se dice en Sueco "**Laekare**". En polonés, "**Lekarz**" y en inglés "**Leech**", que actualmente solo se usa para ciertos veterinarios, ya que fue reemplazada por el nombre de "**Physician**", que se refiere al fisiólogo y no al físico, tiene un significado etimológico en que se pueden observar las fórmulas mágicas, los conjuros, las palabras, en fin.

Doctor proviene del latín, **Doctor**, el que enseña, que instruye, que está emparentado con el verbo "**Doceo**", enseñar, y con los términos "**Disco**", aprender y "docilis", que se deja enseñar.

II

El nacimiento de una filosofía basada en la bondad y la caridad, habría de repercutir sobre la humanidad en forma benéfica. Jesús fue "médico de almas" y su palabra y su ejemplo divinos, desde entonces servirían de modelo y arquetipo para la revolución pacífica que se inició con su muerte y su resurrección.

De los cuatro evangelistas, uno fue

médico: Lucas. Había nacido en Antioquía y, aunque no fue de los doce apóstoles, acompañó a San Pablo mucho tiempo. En su tierra natal ejerció la medicina y, según la leyenda, también fue pintor. El Evangelio de San Lucas, es el más bello desde el punto de vista literario. Y su autor es considerado patrono de los médicos.

Desde luego, la creación de hospitales y universidades y la preservación de la ciencia griega, debieron a la influencia cristiana. Recordemos a Fabiola, patricia romana fundadora del primer hospital de caridad en los primeros años del cristianismo en la capital del imperio. Y a San Benito, fundador de la orden de los benedictinos, que durante la penumbra que prosiguió a la caída de Roma, mantuvo prendida la luz de la civilización, gracias a las copias que, con paciencia antonomástica, hicieron los monjes de su comunidad en Monte Cassino.

Citemos algunas de las figuras más destacadas del Santoral que han sido consideradas tradicionalmente como figuras tutelares para curar ciertas dolencias. Refiriéndonos brevemente a su biografía, podrá explicarnos el porqué de su veneración. Cosme y Damián, cuyos restos descansan en Roma en la iglesia de su nombre (donde era antiguamente el Templo de Rómulo) fueron dos hermanos médicos, naturales de Arabia, famosos por su caridad y sabiduría.

Hay otros santos a los que se invoca en determinadas dolencias, asociadas muchas de ellas al martirio a que fueron sometidos por la fé o a momentos descollantes de su vida. Tal el caso de Santa Lucía, abogada de quienes sufren afecciones de los ojos o Santa Bárbara, vírgen y mártir, protectora contra los rayos y la muerte repentina, en memoria de la tempestad que protegió su pudor de ser

escarnecido, cuando rayos deslumbradores evitaron que su cuerpo, desnudo sobre un caballo, fuera visto por las gentes. San Blas, Obispo de Sebaste y mártir, salvó la vida de una niña que moría ahogada por un hueso en la garganta. Se lo invoca como protector contra la difteria.

San Pantaleón es considerado protector contra la tuberculosis. Fue un médico que atendió al emperador Diocleciano y a quien quemaron y decapitaron en Nicodemia, Asia Menor. En los dolores del parto y los cálculos renales es invocada Santa Margarita, mártir cuya fiesta se celebra el 20 de julio. En cuanto a San Gil, natural de Atenas que vivió como ermitaño cerca de Nimes, en Francia, es el santo tutelar contra la epilepsia, los temores nocturnos y en general, la locura. San Erasmo, es el intercesor para las dolencias del estómago e intestinos y

San Jorge para curar las afecciones herpéticas, en tanto que San Eustaquio defiende del fuego y las quemaduras, a tiempo que San Vito, protege de la corea (o "mal de San Vito") y de las mordeduras venenosas.

El mundo cristiano venera y recurre en medio de sus tribulaciones y a los que reconoce su ayuda eficaz, de acuerdo con el Concilio de Trento (1545 - 1563) cuando definió que: "los santos junto a Cristo interceden en favor de los hombres, de manera humilde, recurriendo a la oración y a su auxilio eficaz para obtener el favor divino". Con lo que amplió la tesis del segundo Concilio de Nice (año 787) que marcó la distinción entre veneración de los Santos (dulia) y la adoración a Dios (latria). Puntos que tienen lugar en la práctica religiosa pero que, a un tiempo, son distintos e inconfundibles.

